



# Sobre el automatismo o el escape de la libertad

## *On automatism or the escape from freedom*

Marcos de J. Aguirre Franco 

Universidad de Guadalajara, Guadalajara, México  
✉ marcosdej.aguirre@gmail.com

Fecha de recepción del manuscrito: 22/04/2024

Fecha de aceptación del manuscrito: 18/05/2024

Fecha de publicación: 30/09/2024

---

**Resumen** — Si la dinámica entre la producción y el consumo representa una de las actividades humanas en la que mejor se expresa el «automatismo» de la civilización, es decir, sus hábitos inconscientes, es la abstracción del beneficio económico entendido como finalidad, uno de los mayores obstáculos que deberá superar la humanidad si lo que busca es alcanzar una mayor consciencia y libertad de actuación. En este sentido, el beneficio económico no debería entenderse como una «finalidad» en sí misma, sino como un «medio» capaz de asegurar la consciencia y la libertad de la actuación humana. Aunque el procedimiento civilizatorio fundamentado en el beneficio económico ha facilitado el perfeccionamiento de los métodos de predicción de los comportamientos humanos, al mismo tiempo, esta conducta procedimental ha influido en la disminución de algunas de las funciones cognitivas superiores como la imaginación o la agudeza creativa, de ahí la dificultad para dar respuesta a las presiones evolutivas (cambio climático, desigualdad social, contaminación, etc.) que hoy en día ponen en duda la continuidad no solo de nuestra civilización, sino de la propia especie. Así pues, este artículo presenta un acercamiento a algunos de los factores paradigmáticos que han incentivado el automatismo o el escape de la libertad en aras de alcanzar una finalidad tan abstracta e indefinida que su único límite parece ser la capacidad del planeta.

**Palabras clave** — automatismo y procedimiento; libertad creativa; sentido y propósito.

---

**Abstract** — If the dynamic between production and consumption represents one of the human activities in which the «automatism» of civilization is best expressed, that is, their unconscious habits, it is the abstraction of economic benefit, understood as an end, one of the greatest obstacles that humanity must overcome if it wants to achieve consciousness and freedom of action. In this sense, economic benefit should not be understood as an «end» in itself, but as a «means» capable of ensuring consciousness and freedom of human action. Although the civilizing process based on economic benefit has facilitated the improvement of methods for predicting human behavior, at the same time, this procedural conduct has influenced the decrease of some of the higher cognitive functions such as imagination or creative acuity, hence the difficulty in responding to evolutionary pressures (climate change, social inequality, pollution, etc.) that today call into question the continuity not only of our civilization, but of our own species. This article therefore presents an approach to some of the paradigmatic factors that have encouraged automatism and the escape from freedom in order to achieve a goal so abstract and indefinite that its only limit seems to be the capacity of the planet.

**Keywords** — automatism and procedure; creative freedom; meaning and purpose.

---

**Para Citar:** Aguirre Franco, M. de J. (2024). Sobre el automatismo y el escape de la libertad. *Dialektika: Revista De Investigación Filosófica y Teoría Social*, 6(17), 11–28. Recuperado a partir de <https://journal.dialektika.org/ojs/index.php/logos/article/view/156>



## INTRODUCCIÓN

Una de las consecuencias más favorables que ha traído consigo la modernización occidental es ciertamente la que ha abierto la posibilidad de cuestionar el valor y el sentido de la propia existencia. La pregunta por el «significado» se ha infiltrado en la consciencia, y con ello, las actividades humanas más comunes han sido la ocasión ideal para reflexionar sobre el *propósito* de la propia existencia.

En los últimos años la relación entre el individuo y su trabajo productivo parece haber comenzado a decaer. Tras la última pandemia, las continuas renunciaciones laborales en países desarrollados como Estados Unidos parecen estar a la alza como bien ha sugerido el psicólogo Anthony Klotz<sup>1</sup> al acuñar el término *Great Resignation* (La Gran Renuncia) para describir el fenómeno social que hoy representa la huida de miles de trabajadores de sus puestos laborales. Este duro golpe a la estructura de la civilización humana no solo ha involucrado a la conocida monotonía del trabajo en la fábrica, sino incluso también, a las faenas burocráticas y administrativas de alto cargo de las grandes corporaciones como la dirección y gestión de quienes emplean gran parte de su tiempo existencial en la organización de todo tipo de entidades rentables entre las que se encuentran los propios seres humanos. Entidades que, para su correcta organización, han de reducirse a abstracciones numéricas instauradas en categorías claras que permitan reflejar fehacientemente la productividad y el rendimiento. Tal como expresó el filósofo inglés Bertrand Russell (1985), no importa el rubro, sea la venta de algodón o la transportación de madera de un punto a otro, el trabajo del ejecutivo debe ser uniforme, es decir, organizar y controlar para maximizar la rentabilidad.

Si bien la necesidad de abstraer y compartimentar se ha convertido en un requerimiento insustituible para muchas de las funciones humanas comprometidas en alcanzar el tipo de eficiencia productiva que mejor se asemeje al movimiento geométrico de una máquina, la consecuencia de ello también ha conducido a una reificación de la realidad sin precedentes, lo que a su vez ha hecho intensificar muchos de los efectos socio-ambientales de la actualidad.

Desde mediados del siglo XX el mismo Russell (1985), en referencia a las actividades humanas propias de las sociedades económicas modernas, notó que entre más crecía y se complejizaba una organización basada en una forma de productividad estrictamente administrativa, los altos puestos de trabajo se desconectaban cada vez más de los *propósitos* que querían administrar.

Por otra parte, no es desconocido el hecho de que la «especialización» del trabajo en el mundo occidental haya originado, con relativo éxito, una especie de autómatas con conocimientos parciales aunque bien capacitado para encajar de manera cuasi-mecánica en las distintas formas de organización socio-económica. Por este y otros motivos, la aparición de *una consciencia enfocada en el propósito y las implicaciones globales del trabajo individual* todavía no se ha

---

<sup>1</sup> *Great Resignation*. El término fue acuñado por Anthony Klotz, psicólogo y profesor asociado de la Escuela de Negocios de la Universidad de Texas A&M. Tras la pandemia, el fenómeno ha sido documentado en múltiples revistas y periódicos entre ellos en el *Washington Post* el 24 de septiembre de 2021. <https://www.washingtonpost.com/washington-post-live/2021/09/24/transcript-great-resignation-with-molly-m-anderson-anthony-c-klotz-phd-elaine-welteroth/>



convertido en una necesidad dentro de un escenario civilizado en el que el *fin* último del trabajo de cada individuo ha quedado relegado a la retribución económica más inmediata.

Aunque el origen de la «especialización» del trabajo como una caracterización civilizatoria ya se puede encontrar en el periodo helenístico, fue probablemente un poco antes de esta fase civilizatoria cuando Platón, en su obra *La Republica* (380 a. d C.), consideró que el sujeto politizado debía seguir, toda su vida, desempeñando la «especialidad» correspondiente a su situación social dentro del colectivo.

Desafortunadamente y a partir del siglo XVIII, este mismo escenario quedó bien grabado en el hábito funcional de cada ser humano pues todavía ha seguido vigente el principio social de ejercer rigurosamente el papel de «pieza» o «engrane» dentro de la «gran maquina social»<sup>2</sup> que representan (esta analogía se aplica tanto al sistema universitario basado en disciplinas, como al sistema laboral). Y en este escenario de ficción mecánica en el que búsqueda de la *máxima eficiencia* se convierte en un ideal platónico, los movimientos de cada «pieza» *han de representarse mediante acciones claramente predecibles* pues los conjuntos de las maquinarias sociales que las «piezas» representan deben ensamblar eficientemente con los demás conjuntos de la producción. Un ejemplo de ello es la fabrica. Aquí, la eficiencia y perfeccionamiento de las funciones productivas (como puede ser la transformación de insumos en productos terminados) por parte de cada «pieza» del sistema, se considera un requisito imprescindible para mantener las relaciones con los conjuntos dedicados a la optimización y administración de los insumos. Una fase en la que la productividad y la explotación de los recursos naturales debe siempre aumentar de manera eficiente.

En general, para que la «gran maquina social» –compuesta por los complejos cúmulos de «individuos-pieza»– pueda operar de manera eficiente, ha de mantenerse a rajatabla la repetición de aquellos hábitos humanos que permitan alcanzar la eficiencia y la predictibilidad. En este sentido, cada pieza del sistema deberá limitarse a efectuar una función reducida y predeterminada, es decir, ha de tener una especialización.

Si esta actividad se pudiera observar en su totalidad, resultaría imposible apuntar con el dedo en que punto de la «gran maquinaria social» podría encontrarse su inicio o su final. A lo mucho, podrían detectarse aquellos puntos dónde se produce la mayor devastación por el consumo de recursos, así como los lugares dónde se acumulan significativamente los desechos que el bucle de la producción y el consumo generan.

Por otro lado, aunque la producción sistematizada sea uno de los rasgos más significativos de la «gran maquina social», no se *debe* olvidar que la sistematización del consumo debe ser proporcional, de ahí que el *híper-consumo* manifieste no solo la *híper-producción* y la *híper-extracción de recursos*, sino, sobre todo, la *automatización* de todo el proceso. En este sentido, es evidente que el *híper-consumo* apela a los mismos principios mecánico-geométricos de la

---

<sup>2</sup> El término «maquina» en referencia al comportamiento humano fue utilizado por el urbanista e historiador Lewis Mumford (2010) en su obra *The Myth of the Machine* (1970). En este libro Mumford (2010) realiza un estudio exhaustivo para comprender las fuerzas mecánicas que han movilizad a la civilización humana incluso desde la prehistoria.

«producción», de ahí el consecuente perfeccionamiento de la publicidad, el diseño y el *marketing* como agentes fundamentales para satisfacer los ideales mecanicistas de la causa y el efecto aplicados al beneficio económico, esto es, al conocido sistema de sobre-explotación en el que la producción estimula el consumo y el consumo estimula a la producción.

Ahora bien, para mantener la tendencia hacia el *ideal* (siempre inalcanzable) de una absoluta sistematización de la «gran máquina social», del mismo modo, la libertad humana debe sustituirse por el ideal de una perfecta «automatización» pues de este modo se evitarían las disrupciones incómodas durante el funcionamiento de la maquinaria.

De esta manera y con el objetivo de evitar alteraciones en el proceso de la «producción-consumo» es imprescindible que las «piezas» del sistema desconozcan el *propósito* de su posición global dentro del *sistema* ya que la información de otras funciones naturales-existenciales que vayan más allá de las que exige el movimiento geométrico de la «máquina», podría incluso llegar a incapacitarla.

Así pues y con el objetivo de fortalecer la *plena operatividad*, es importante que los *incentivos* otorgados a los «individuos-pieza» que la constituyen –tanto trabajadores, como consumidores– se mantengan «siempre» en el máximo nivel de optimización, una condición con arreglo a impedir el decrecimiento de la rentabilidad.

Respecto a esto último, es preciso recalcar que el continuo perfeccionamiento y optimización de los incentivos representa la fase del proceso que de hecho permite predecir el comportamiento de las «piezas» que operan en el sistema de «producción-consumo». Por lo tanto y para alcanzar el *ideal* de un funcionamiento «plenamente automatizado» que permita alcanzar la mayor predictibilidad en cada movimiento de los «individuos-pieza», *resultará imprescindible el establecimiento de pautas bien equilibradas entre los incentivos de la remuneración económica y los del consumo*.

Así pues, para mantener el equilibrio creciente entre la producción y el consumo no se debería perder de vista el mantenimiento del placer (visceral) y la felicidad *de corta duración* pues tales factores compondrían la manera más rápida y segura para que los seres humanos puedan actualizar su estatus como «pieza» en la «gran máquina de producción-consumo» que representan. Más allá de esto solo deberá considerarse que, como bien sugiere el macroeconomista Abraham Aparicio, «si las aspiraciones de consumo rebasan considerablemente a los medios de consumo, entonces el aumento de la felicidad puede nulificarse quedando la felicidad en el nivel inicial o incluso por debajo de este» (Aparicio, 2009, p. 5). Aunque esta circunstancia social afecta claramente el desempeño integral del sistema, desgraciadamente para la «gran máquina social», es durante estas breves crisis de mal funcionamiento cuando puede llegar a producirse una salida del *automatismo* de los componentes, es decir, de los «individuos-pieza». Un aspecto que en casos extremos, esto podría conducir a toda una reformulación del nicho ecológico que ha sido construido por la humanidad civilizada.

Así pues, a pesar de que por brevísimos momentos las «piezas» de la «gran máquina social» adquieran algún atisbo de conciencia existencial como para dar cuenta de que su *libertad e imaginación* están siendo suprimidas en favor de la abstracción que incesablemente representan



(esto es, la de ser un componente sustituible dentro de la maquinaria de producción-consumo), el aliciente que vuelve a congregarse devotamente a cada una de las «piezas» a su respectiva posición maquina no es otro que el que representa la posibilidad de seguir operando dentro de la maquina, a saber, la *retribución económica inmediata*, es decir, aquella que es entendida como el proceso que devuelve la posibilidad de una nueva actualización a favor del crecimiento de la productividad y el consumo. Un bucle de retroalimentación positiva que actúa como si sus posibilidades de crecimiento fuesen infinitas<sup>3</sup>.

Por otra parte, si bien en el pasado la *abstracción económica* fundamentada en la creación conceptual del *dinero* no era sino una representación institucionalmente válida como un *medio* para alcanzar un *fin* dentro del mercado, en nuestro tiempo, la civilización ha logrado invertir este proceso, pues su entero reconocimiento ha logrado elevar su *abstracción* al estatus de una *finalidad* capaz de movilizar a toda la civilización; todo ello, sin importar su desproporción con respecto a lo que podría llegar a representar de manera concreta, es decir, los límites del planeta y sus recursos naturales.

Este acontecimiento fundamental para el «progreso» de la civilización humana *no* ha provocado que la «gran maquina social» pierda capacidades, al contrario, la «maquina» se ha fortalecido pues a partir de la nueva posición del dinero (es decir, la que va de un medio a un fin en sí mismo), el consumo ha servido como el medio perfecto para mantener el crecimiento exponencial de ese nuevo fin que representa el dinero<sup>4</sup>. Los estragos derivados del hiper-consumo, el extractivismo o la sobre-explotación del medio ambiente son solo algunas de las consecuencias de la actualización de este nuevo programa civilizatorio fundamentado en un puro ideal pecuniario.

No cabe duda que la civilización, entendida como una «gran maquina social», justificaría tal adjetivación si se tiene en cuenta la habilidad industriosa (y automatizada) para engendrar desequilibrios ecosistémicos *sin siquiera dar cuenta de ello*, tal como ocurre con cualquier tipo de máquina; un ejemplo de ello es la contaminación ambiental que desencadenan las *involuntarias* maquinas de combustión interna.

En suma, la faceta rapaz y cuasi-maquina (inconsciente) de nuestro sistema civilizatorio moderno podría simplemente deducirse de sus efectos ya que en la naturaleza no es usual, por lo menos desde el punto de vista biológico, la elección de una táctica adaptativa que opere tan eficientemente como para destruir el nicho ecológico que ocupa. En lo que respecta a la adaptación biológica de nuestra civilización, tal eficiencia destructora aún parece seguir en proceso de perfeccionamiento.

Así pues, el objetivo de este ensayo es presentar un análisis que permita no solo comprender las consecuencias que ha supuesto la sistematización de algunos de los procesos civilizatorios más acusados en la actualidad como son la dupla formada por la hiper-producción y el hiper-consumo,

<sup>3</sup> Evidentemente, tal infinitud es imposible ya que el bucle de crecimiento producción-consumo está limitado a la finitud del propio planeta, el cual hoy en día sufre un grave problema de sobre-explotación.

<sup>4</sup> Según el filósofo alemán Walter Benjamin (1985) el «dinero» se ha convertido en un *fin* que roza lo religioso incluso sobrepasándolo. Según él, la devoción que se le otorga al dinero *no da tregua* pues incluso ha llegado a establecerse bajo una forma de idolatría que en no pocas ocasiones supera a la de la religiosidad.

sino, sobre todo, evidenciar a través de una serie de argumentos, que dicha sistematización tiene, de manera racional, el objetivo de automatizar los procesos para luego dejar de pensar en ellos de manera consciente, lo cual tiene una relación directa con las dificultades humanas para gestionar la actividad de su propia creación, es decir, la de la maquinaria producción y consumo que ha construido. Un aparato social que, para mantener la automatización de su rendimiento en continuo crecimiento, debe incluir un aliciente lo suficientemente estable como para que sus componentes –los «individuos-pieza»– puedan seguir retroalimentando, de manera irreflexiva, su propia actividad. Este aliciente, como aquí hemos introducido, no es otro que el *beneficio económico*; es decir, un medio que al convertirse en finalidad ha podido fortalecer el mantenimiento de la «maquinaria» sin siquiera dar cuenta de ello.

## 1. SOBRE LA ÚLTIMA ACTUALIZACIÓN DEL ALGORITMO CIVILIZATORIO

Hoy en día historiadores y científicos coinciden que desde hace aproximadamente dos siglos ha ido aumentando significativamente el desequilibrio de los procesos naturales a consecuencia del crecimiento demográfico e industrial. Sin embargo, la rápida industrialización y urbanización directamente relacionadas con los desequilibrios ecosistémicos actuales no debería comprenderse de manera simplista como la raíz o la causa eficiente que les ha dado origen ya que sería improbable que una conclusión fundamentada enteramente en causas lineales sea una opción convincente para comprender un problema complejo que exige tratamiento; esto sería como haber cerrado el caso del asesinato del presidente Abraham Lincoln cuando se descubrió que la causa de su muerte había sido una bala calibre 44 entrando por su espalda. No es desconocido pues que para analizar el comportamiento de un sistema complejo deba indagarse la red de relaciones más próximas que, en mayor intensidad, llegan a influir en la orientación global de su movimiento hacia lo que interesa comprender como un efecto.

Ahora bien, si se considera que el desequilibrio de los procesos naturales y sociales no es sino la consecuencia de un determinado programa de movimientos establecidos bajo un «algoritmo funcional»<sup>5</sup> capacitado para establecer la secuenciación de las acciones de cada elemento individual del sistema (en este caso, seres humanos), probablemente sea en los fines del propio algoritmo que instruye el movimiento de cada elemento individual dónde se puedan encontrar las razones más certeras que permitan comprender tal desequilibrio.

Más allá de esto, es importante dar cuenta que el principio natural que posibilita la vida en la Tierra, es decir, el que permite alcanzar la adaptabilidad de las especies, no puede ser otro que el sentido y propósito de la información con la que constantemente las especies reconstruyen el «algoritmo funcional» que les permite actuar en su entorno. En otras palabras, este es el factor biológico que da dirección al movimiento de una determinada especie en su nicho ecológico.

<sup>5</sup> Según el filósofo inglés de la *Rice University*, Timothy Morton, «un algoritmo es simplemente una receta: tomar dos huevos, batirlos, colocarlos en una sartén caliente con un poco de manteca durante unos momentos y ¡ya está! una pequeña porción de huevos revueltos» (Morton, 2009, p. 75).



De esta manera, el «algoritmo funcional» puede entenderse como la representación de un «procedimiento adaptativo» en el que, de manera general, se establecen las pautas o instrucciones con arreglo a alcanzar determinados fines, como puede ser la búsqueda de alimento, de hábitat, de seguridad o también de procreación.

Según lo anterior y por lo que respecta a la especie humana en civilización, uno de los «algoritmos funcionales» que históricamente ha servido de medio para eficientar el acceso a determinados fines como la alimentación, el hábitat o la seguridad, *en los últimos siglos ha tenido una actualización sin precedentes* pues su funcionalidad, de manera extraña, se ha volcado sobre sí misma hasta desencadenar una especie de bucle de retroalimentación positiva en el que la abstracción de su «procedimiento»<sup>6</sup> ahora apunta hacia sí mismo, constituyéndose bajo un estatus de finalidad. Este «procedimiento», como se ha introducido, no es otro que la función abstracta que le es atribuida al dinero como signo de valor fiduciario: una posición de finalidad que sin embargo ha tenido consecuencias negativas para los ecosistemas y las sociedades.

Si bien hoy en día el «procedimiento» del dinero representa una finalidad más o menos accesible por ser un «procedimiento» ineludible (como por ejemplo el de ser un medio para la obtención de comida, vestido, vivienda, etc.), su abstracción, en sí misma, no podría mantener coherentemente su justificación como una finalidad ya que en mayor o menor medida el dinero ya es accesible. Por lo tanto, y aquí subyace una de sus principales contrariedades, la justificación algorítmica de su actual estatus de finalidad apunta, consecuentemente, no al dinero como un «procedimiento» «en sí», sino a la abstracción supuestamente (i)limitada de su crecimiento, lo cual deriva en otra entidad aún menos inteligible que no es otra que su propia infinitud; de esta manera se produce una doble abstracción (dinero-crecimiento infinito) que en su afianzamiento como un algoritmo autorreferencial supone una actualización de finalidad paradójicamente caracterizada por su incapacidad para completarse. Esto supone una primera faceta de irracionalidad que demuestra cómo el «procedimiento» (dinero-crecimiento infinito) ha conseguido superar a la voluntad que le fue impuesta en su programación inicial<sup>7</sup>.

Mientras el «procedimiento» siga operando como una finalidad, su «algoritmo» seguirá corriendo hacia la meta de un crecimiento al que se llega y no se llega al mismo tiempo. En este contexto y como bien supuso el filósofo inglés Timothy Morton, «uno sólo necesita dejar que este algoritmo funcione durante un tiempo suficiente y podrá ver cómo la última versión logra instigar el Sexto Evento de Extinción Masiva» (Morton, 2009, p. 75).

Si este «procedimiento» conduce al absurdo desde un punto de vista nomológico, la finalidad en la que se fundamenta su algoritmo, esto es, el crecimiento infinito, podría considerarse como una especie de *bug* o un error del programa civilizatorio puesto que no está justificado que el fin o el sentido que demuestra la dirección de su movimiento, tenga como fundamento el puro

<sup>6</sup> Para el caso que aquí concierne, «procedimiento» se ha de comprender como una función operativa dentro del algoritmo económico, el cual debería servir de medio para alcanzar un fin, como en este caso el dinero, entendido como un «procedimiento» para alcanzar alimento, vivienda, vestido, transporte o alguna otra necesidad biológica y social.

<sup>7</sup> Recuérdese que al principio el dinero tenía una función representativa como un «procedimiento» institucionalmente válido para mantener, con cierta eficiencia, el flujo de los intercambios mercantiles. Era pues un medio para un fin.

crecimiento de una función que no es más que un «procedimiento» civilizatorio entre muchos otros.

La analogía aquí utilizada (la de un *bug* o error civilizatorio) tiene justificación si se tiene en cuenta que la nueva actualización que ha tenido la abstracción del dinero (de un medio hacia un fin) ha superado incluso a la inteligencia humana pues la ha puesto a su servicio como el medio ideal para que, a través de sus múltiples tácticas con arreglo a incrementar la producción-consumo, pueda mantenerse el anhelado fin de la doble abstracción del crecimiento económico sin fin. Una finalidad particular que, como puede verse, opera fuera de la realidad pues su abstracción ha dejado de mantener una correspondencia lúcida con la finitud de la realidad física en la que se apoya.

Aunque la hiper-producción y el hiper-consumo sigan siendo los medios ideales para que el «algoritmo» de esta «doble abstracción» de crecimiento económico infinito se mantenga vigente, no se debería olvidar que su funcionalidad aún se encuentra limitada por el estatus de un «procedimiento» con arreglo a eficientar las relaciones mercantiles.

Más allá de esta consideración, es preciso resaltar que este «procedimiento» se caracteriza por la ausencia de un contenido cualitativo, pues su abstracción puramente numérica, está programada bajo una expectativa estrictamente incremental. Por lo tanto, no hay en su significado, alguna señal o propósito claro que nos permita comprender su tendencia hacia el infinito.

Por otra parte, ya en la segunda mitad del siglo XX Russell se había referido al error civilizatorio que entrañaba la inclinación hacia valores abstractos puramente pecuniarios, sobre ello escribió: «la adoración del dinero no es algo nuevo, aunque es más nocivo de lo que solía ser por diversas razones. El industrialismo ha hecho el trabajo más abrumador e intenso, menos capaz de proporcionar placer e interés mediante el camino que el hombre ha emprendido por amor al dinero» (Russell, 1985, p. 426).

Según Russell (1985), una de las posibles razones que ha exacerbado la ciega devoción hacia lo que aquí hemos considerado la «doble abstracción del crecimiento económico infinito», ha sido el temor a la desgracia. A saber, el miedo a la posibilidad de una pérdida que termine conduciendo al fracaso social, y por consiguiente, a la ansiedad que devora y suprime toda facultad humana para alcanzar la propia felicidad. Esto último, para el pensador inglés, ha sido una de las razones principales que han hecho que el ser humano soporte dócilmente la insulsa monotonía del trabajo.

En suma y para la desgracia de la civilización humana, si el trabajo puede llegar a soportarse como si fuera una penosa consecuencia inseparable de la vida misma, difícilmente podría ponerse en duda si el propósito del trabajo debería significar algo más que la estabilidad mental que le es atribuida al dinero como un fin «en sí mismo».

Probablemente y por este motivo aún se privilegia irreflexivamente la materia y el consumo de objetos de todo tipo pues en ellos parece recaer el único medio para alcanzar, aunque sea de manera fugaz, la ansiada felicidad. Como dijo el filósofo francés Jean Baudrillard, probablemente sea esta la razón por la que el ser humano «se vuelve menos coherente que sus objetos» (Baudrillard, 2014, p. 55).





Sin ir más allá de la coincidencia intelectual entre los pensadores y pensadoras de todos los tiempos, pareciera que los individuos con finalidades o propósitos claros hacia la vida misma sienten menos atracción hacia la «materialidad» que le es atribuida tanto a los objetos como a los sujetos percibidos.

A pesar de ello y más allá del interés humano por concebirse a sí mismo como una entidad anímica, prácticamente toda la esfera política y cultural aún se encuentra centrada en la idea de un progreso civilizatorio fundamentado exclusivamente en el aspecto económico, como si solo de ello se compusiera la vitalidad humana.

Sobre este hecho desafortunado desde el punto de vista civilizatorio, el conocido trascendentalista estadounidense Henry D. Thoreau, en su famoso Walden, escribió:

La mayoría de los hombres [...] están por ignorancia y error, entregados de tal manera a preocupaciones artificiales e inútiles menesteres groseros, que no les es dable extraer los más delicados frutos de la vida. El trabajo excesivo restó agilidad a sus manos y les puso los dedos demasiado temblorosos para esa otra tarea. En realidad no tienen suficiente sosiego para dedicarse a cultivar las más nobles relaciones con sus semejantes. Su trabajo sufriría depreciación en el mercado. Carecen de tiempo para no ser otra cosa que una máquina (Thoreau, 2005, p. 12).

## 2. CUANDO LA CUALIDAD CIVILIZATORIA SE ACUMULA

Es verdad que en buena parte del mundo occidental el *estado de bienestar* ha mitigado, por lo menos en principio, la ansiedad y el miedo a la pérdida de las posesiones «materiales» concediendo alguna protección política ante posibles eventualidades que pudiesen conducir a dicha pérdida –sin considerar las guerras o las catástrofes naturales como las pandemias o los terremotos, lo que inevitablemente vuelve a suscitar incertidumbre–. Sin embargo, la búsqueda de seguridad y resguardo aunque necesarias, no proporcionan por sí solas el alimento para satisfacer los propósitos existenciales que subyacen en la profundidad de la psique humana, y que, de vez en cuando, aparecen en forma de crisis mentales que empujan al ser humano a salir de la costumbre o el hábito de su automatismo<sup>8</sup>.

Sobre lo anterior, es importante tener en cuenta que por sí misma, la búsqueda de seguridad supone una finalidad que por su propia naturaleza acaba siendo demasiado estática si se compara con el devenir de la vida humana. Sobre este hecho, Russell (1985) llegó a considerar que para satisfacer la existencia *latu sensu*, sería necesario abrir la posibilidad de que el ser humano pueda ejercer, cuando aun exista, su propia libertad e impulso creador.

Es cierto que al someter la propia existencia a «finalidades indefinidas» como el afán por alcanzar la comodidad y la estabilidad física y psicológica (siempre inacabadas) a través del «consumo»

<sup>8</sup> Automatismo. *Neurociencias*. Según los neurocientíficos Gerald Edelman y Giulio Tononi los procesos neuronales automáticos dedicados a la realización de rutinas «no contribuyen directamente a la experiencia consciente [...] la mayor parte de nuestra vida cognitiva de adultos es el producto de rutinas altamente automatizadas» (Edelman, G.; Tononi, G. 2005, p. 174).

rápido de todo tipo de artilugios no se consigue un suelo fértil que conduzca al florecimiento de la propia libertad, pues, el sentido de la existencia se limita cada vez más a la capacidad de producir y consumir.

En estas circunstancias, la autonomía del ser humano se va sofocando hasta que el miedo a poner en práctica la facultad creativa se convierte en una razón fehaciente para justificar el «consumo» pues se considera la única salida «razonable» para dar sentido y estabilidad psicológica a la incertidumbre de la propia existencia.

Sin embargo y visto en términos civilizatorios, la pérdida de la libertad socava la posibilidad de la creación y el descubrimiento, aspectos que resultan fundamentales para la adaptación a un entorno vital inevitablemente transitorio.

El escape de la libertad a favor del automatismo no es algo realmente sorprendente en una civilización que ha puesto su razón de ser en la institución del trabajo-salario, entendido como la fuerza motriz que si bien, asegura un crecimiento progresivo en términos cuantitativos, no promete que su sola acumulación mantenga una dirección y un propósito en términos existenciales.

Aunque el crecimiento económico ha llegado a considerarse como un fiel indicio del progreso civilizatorio, su carácter sobrevalorado supone además un desequilibrio que hace opacar la posibilidad de una adaptación creativa en reciprocidad con un entorno que exige adaptación. Este hecho, puramente cuantitativo, podría incluso traducirse como una pérdida de significado desde un punto de vista vital ya que el significado y el valor aparecen como los factores cognitivos que dan sentido, forma y dirección a toda «forma» de crecimiento.

Si esto pudiera ser observado desde una dimensión puramente cosmológica, probablemente la reiteración del crecimiento cuantitativo se comprendería como un proceso naturalmente evolutivo en el que la pura acumulación caótica –y poco adaptada– terminaría conduciendo a un nuevo tipo de orden, lo que en el caso de la civilización humana supondría el colapso y el inicio de una nueva forma de organización. Por ejemplo, la pérdida de sentido, forma y dirección de la civilización humana quedaría comprendida como un proceso de desintegración de aquella estructura de orden que le era intrínseca y que, hasta cierto punto, le definía en su configuración estructural.

Si seguimos la filosofía del organismo de Alfred N. Whitehead (2021), el proceso de desintegración del orden civilizatorio supondría que el comportamiento de las distintas entidades actuales (individuos) que constituyen una sociedad actual (civilización) es más o menos habitual –¿automática?– antes de aproximarse de manera reveladora a la frontera caótica (crisis) en donde la interacción con el desorden atribuido a otras entidades menos definidas en su comportamiento, esto es, sin un significado claro, terminaría originando un nuevo tipo orden estructural: una redefinición de las entidades actuales con las que ha de constituirse una nueva sociedad actual.<sup>9</sup>

Ahora bien y volviendo a lo anterior, es importante considerar que cuando un sistema natural comienza a crecer desproporcionadamente teniendo como única prioridad el puro crecimiento

<sup>9</sup> Valga notar que esta misma cosmología fue asimilada por el químico belga Ilya Prigogine cuando propuso su teoría sobre las *estructuras disipativas*, una propuesta que le valdría el Premio Nobel en 1977.



(acumulación material), es decir, sin considerar los principios creativos que permiten la continua adaptación (nueva información) a un entorno de cambios, lo que aquí estaría disminuyendo, sería el sentido y la forma de eso que sigue creciendo, pues el «algoritmo funcional» con el que la civilización adquirió alguna vez su ordenamiento y configuración, ahora seguirá acumulándose bajo una cualidad indiferente a los cambios que se producen en el entorno, algo que conduce a la inadaptabilidad y a la muerte.

En el caso de la especie humana, la sobreacumulación civilizatoria aparece entonces como un problema sistémico de hipertrofia no muy diferente a lo que ocurre en un organismo vivo cuando el proceso de apoptosis celular desaparece. Una fase de puro crecimiento que desemboca en una sobre-acumulación de tejido formado por un conjunto de células que desconocen el sentido y propósito de su funcionamiento como parte de un sistema de orden mayor.

Si esta analogía se extrapola a la civilización humana, la pérdida de sentido y propósito aparece como el factor que justifica la sobre-acumulación material (híper-producción e híper-consumo) junto a sus consecuencias sociales y ecosistémicas.

En dos palabras, *la pérdida de sentido y propósito se relaciona de manera directa con una sobre-acumulación cuantitativa de acciones automáticas en respuesta a un entorno de cambios*. En el caso de la civilización humana, el proceso de sobre-acumulación que podría haber surgido en función de repetidas acciones humanas «inconscientes» justificadas, como se ha sugerido, según el «procedimiento» de incentivos puramente pecuniarios, un proceso que ha conducido al ser humano a la irreflexión y al automatismo.

Si bien este comportamiento ha justificado buena parte de las acciones humanas que han derivado en el puro crecimiento material de la cualidad civilizatoria, es necesario enfatizar que dicho «procedimiento» no es realmente la causa eficiente de la pérdida de la libertad humana sino solo el elemento que ha permitido afianzar la costumbre y el hábito de tan inmensa pérdida. *La libertad aún es posible cuando la crisis del automatismo da pie a la aparición de la consciencia*.

Como escribió el filósofo utilitarista John Stuart Mill en su libro *On Liberty* (1859): «un individuo que se adapta a la costumbre solo porque es la costumbre, no conserva ni desarrolla en sí ninguna de las cualidades que son atributo distintivo del ser humano» (Mill, 2011. p. 68).

Si lo anterior se analiza desde el punto de vista de la evolución de cualquier especie, resulta significativo que en *la costumbre no se puede encontrar, por lo menos de manera explícita, el factor que determina la orientación o el trazado de una nueva ruta evolutiva expresada como nicho ecológico* puesto que, por su naturaleza, la «costumbre» y los hábitos surgen como un programa de operación capacitado para perfeccionar lo que en su momento fue la creación novedosa de una nueva práctica adaptativa, entendida ésta como una forma de transgresión de un hábito antecedente.

Al analizar lo anterior detenidamente, se puede ver que es justo la libertad creativa de los agentes conscientes (más que una paradójica libertad de la costumbre) aquello que saca a la luz nuevas

maneras de interpretar el entorno (creatividad) dadas ciertas presiones ambientales que continuamente inciden a un determinado nicho ecológico durante su proceso evolutivo.

Además, es preciso dar cuenta que el «sentido» o la orientación a la que se dirige cualquier sistema de organismos en función de su adaptación al medio se actualiza, de manera constante, de acuerdo a la multiplicidad de interpretaciones que puedan surgir con respecto a una misma presión ambiental.

Como una alegoría a manera de ejemplo, podríamos imaginar que una civilización representa un barco que navega libremente en mar abierto. Al advertir que ésta embarcación biológica ha quedado imposibilitada para alcanzar una finalidad clara, ello no supondría que la embarcación deba navegar a la deriva pues las continuas decisiones de viraje –como el hacer recorridos en círculo o incluso hacer un cambio radical en la trayectoria– surgirían gracias a una serie de pautas o «algoritmos funcionales» que han quedado bien definidos en los hábitos. Instrucciones que podrían traducirse plenamente como una *forma* –en este caso obsoleta– de adaptación al medio.

Aunque el proceso de adaptación pueda mantenerse más o menos constante, la creación de nuevos algoritmos que permitan redireccionar o cambiar de trayectoria (según se produzcan nuevas interpretaciones con respecto a determinadas presiones ambientales) representa el proceso creativo y evolutivo mediante el cual la tripulación puede adquirir nueva información para así afrontar determinadas contingencias. Información que, al verse correspondida provisionalmente con algunas de las presiones ambientales que podrían afectar el curso de la navegación, permitiría que el navío asegure una ruta más adecuada para el proceso mismo de su travesía. Un acto de libertad creativa que podría considerarse como evolutivamente necesario.

Como aquí se ha sugerido, el transcurso de la evolución podría entenderse bajo dos aspectos generales. Por un lado, a través de la libertad creativa capaz de producir nueva información en función de ciertas presiones ambientales, y por el otro, mediante el perfeccionamiento de dicha información que se produce gracias a la costumbre y el hábito, es decir, formas de operar que durante un tiempo han estado bien capacitadas para adecuarse a las cualidades de un determinado nicho ecológico relativamente estable.

Así pues, el proceso de consolidación o afianzamiento de un acto creativo en un determinado nicho ecológico, habrá de producirse a través de la costumbre y el hábito (entendido como el factor procedimental que permite perfeccionar la relación entre el organismo y su entorno). Una fase evolutiva en la que la información inicial (creativa) podrá afinarse más y más a través de la pauta y dirección de la misma –algo muy similar a lo que ocurre durante el periodo en el que la *ciencia normal* se robustece tras la novedad de la revolución científica. Khun (2004)–.

Más allá de esto, si se considera el caso en el que el comportamiento de una determinada especie u organismo llega a establecerse en la costumbre y el hábito aún a pesar de los cambios que se han producido en su entorno, esto es, sin el gradiente de libertad creativa que permitiría realizar un nuevo giro o viraje para afrontar el cambio, la especie estará desprovista de herramientas suficientes para adaptarse al medio.

Por tanto, un problema que pudiera incidir en la evolución de un determinado nicho ecológico deberá involucrar, necesariamente, la posibilidad de cambio, lo cual requerirá la suficiente libertad creativa para realizarlo. Más allá de ello y como bien sugirió el etólogo austriaco Konrad Lorenz (2000), la ausencia de problemas o presiones ambientales es el único factor real que podría llevar al estancamiento evolutivo de una especie u organismo.

Ahora bien y volviendo a nuestra alegoría náutica, si durante la navegación del barco se produce un cambio en el entorno como un fuerte oleaje o la aparición de un grupo de astutos piratas hábiles en el bandolerismo, es decir, una eventualidad que sobrepase las capacidades de adaptación que con el tiempo habían sido perfeccionadas a través de la costumbre y los hábitos de navegar en aguas tranquilas, resultaría ciertamente inverosímil que la embarcación (o la civilización) deba esperar a que se produzca la mutación aleatoria adecuada en algún tripulante para así afrontar una situación que, sobre todo, requiere de acciones inmediatas. En este punto la inteligencia creativa supondrá la única salida hacia una nueva adaptación que permita sortear este tipo de eventualidad.

Así pues y desde el punto de vista de la biología evolutiva, parecería que la justificación mecanicista que defiende el neodarwinismo es insuficiente para explicar porqué es posible que un determinado individuo, especie o civilización tenga la capacidad para adaptarse al entorno tras una eventualidad como una nueva presión ambiental. Sobre algunos de los postulados fundamentales en los que se asienta el neodarwinismo, el reconocido filósofo americano Thomas Nagel escribió: «es, prima facie, altamente implausible que la vida como la conocemos sea el resultado de una secuencia de accidentes físicos conjugados con el mecanicismo de la selección natural» (Nagel, 2014, p. 32).

Además y en lo que respecta a la idea que defiende el determinismo genético<sup>10</sup>, según Mew, el biólogo Bryan Sykes «parece confirmar que durante los últimos 30,000 años o más hemos estado heredando nuestros genes con mínima alteración» (Sykes, 2001, p. 80) lo cual supone que la adaptación de los organismos a su medio implica un proceso que se origina durante la vida de los mismos y no rigurosamente como consecuencia de una serie de predisposiciones genéticas.

Según escribió el profesor Nagel «nuestra propia existencia nos enfrenta con el hecho de que el mundo genera seres conscientes capaces de reconocer razones para la acción y la creencia» (Nagel, 2014, p. 58), motivos suficientes para justificar que muchos de los comportamientos de los organismos pueden, en un acto de plena adaptación a su entorno, contradecir a sus propios hábitos y costumbres.

No resulta pues obvio que el comportamiento de una especie deba quedar reducido a un cúmulo de *explanans* adheridos a principios puramente *extensionales* (característicos del materialismo o el fisicalismo) sin considerar el proceso (temporal) que continuamente permite la reconfiguración (*in*)formacional, no solo de la especie «en sí» como si existiese «por sí misma» o separada del

---

<sup>10</sup> Determinismo genético, «también llamado determinismo biológico, es el conjunto de creencias cuya idea común es la defensa de que el comportamiento humano depende en su mayor parte a los genes que se ha heredado». (Montagud s.f)

entorno, sino del complejo nicho ecológico que la misma especie ha creado para su propio desarrollo evolutivo.

Según el filósofo austriaco Karl R. Popper, muchas veces se piensa que los nichos ecológicos existen ya de por sí pero «no es así. Los nichos ecológicos son inventados por la vida. [...] La vida espera, la vida actúa, como si tuviera la esperanza de encontrar un mundo mejor, de encontrar mejores nichos ecológicos» (Popper, 2000, p. 27).

En última instancia y como bien sugirió Nagel, un hecho inexorable que debería «incluirse en una concepción completa del universo es que la aparición de organismos vivos ha dado lugar [...] a la consciencia, la percepción, el deseo, la acción y la formación tanto de creencias como de intenciones sobre bases naturales» (Nagel, 2014, p. 59).

Hace poco, en la introducción a la obra más representativa del filósofo y matemático inglés Alfred N. Whitehead *Proceso y Realidad* (1929), el profesor Miguel Candel señaló que pensadores contemporáneos «como Galen Strawson o Thomas Nagel han especulado sobre la posibilidad de que ofrecer una explicación de lo físico a partir de lo psíquico sea más coherente que hacer lo contrario» (Candel en Whitehead, 2021, pp. 54 y 55); un aspecto que llevaría no ya a la necesidad de invertir las explicaciones sobre los fenómenos de la experiencia, sino, por ahora, la de incluir el aspecto psíquico en cualquier explicación.

Queda claro que el sentido del «movimiento» de una civilización o una especie se justifica en buena medida por la costumbre; esto es, por el sistema de hábitos o comportamientos evolutivos con arreglo a perfeccionar lo que en un momento dado del desarrollo significó una solución consciente y creativa ante una eventualidad entendida como una presión ambiental. Pero, como se ha sugerido a lo largo del texto, la relación entre la libertad creativa y el hábito supone aquí un desarrollo complementario mediante el cual los nichos ecológicos pueden surgir, desarrollarse y luego entonces, consolidarse.

Si la libertad creativa depende esencialmente de estados de consciencia<sup>11</sup> y reflexión, el hábito y la costumbre, tanto del organismo individual como de la especie, no son sino el resultado de estados cognitivos procedimentales relacionados con las funciones motoras, las cuales, en algún momento de su desarrollo, requirieron de estados de consciencia y reflexión.

Si el hábito y la costumbre son funciones centradas en la repetición y el perfeccionamiento de una información que en un periodo anterior supuso una táctica adaptativa, la libertad creativa se entenderá como aquella función capacitada para producir nueva información más adecuada para afrontar una determinada contingencia ambiental.

Sobre lo anterior, es preciso subrayar que la creación de nueva información, además de depender de un estado de consciencia, debe suscitar acciones con sentido que, en esencia, son libres, puesto que tales acciones se han desarrollado en un contexto de elección que transgrede a los hábitos adquiridos.

<sup>11</sup> Según Edelman y Tononi, a diferencia de los procesos cerebrales *automáticos* o procedimentales de los sistemas motores, «en los procesos neuronales que subyacen a la consciencia [...] se cuentan, la categorización perceptual; los conceptos; los valores; la memoria; y, al nivel de las neuronas, los procesos dinámicos especiales de la organización córtico-talámica» (Edelman y Tononi, 2005, p. 128).



En general, la información que ha permitido el comportamiento de los individuos (sea el comportamiento de una especie, una colonia o una embarcación) no podría haber nacido puramente del movimiento automático del hábito y la costumbre puesto que, como se ha dicho, la producción de nueva información que permite justificar el comportamiento de un organismo debe surgir durante un estado intencional o de consciencia.

Ni siquiera la información del comportamiento más instintivo podría haberse desarrollado a partir de la pura mecanicidad de un estado procedimental. Es gracias a la libertad creativa que la información puede permitir, a cada momento, la elección de nuevas tácticas adaptativas correspondientes a determinadas presiones del entorno. Es por esta razón que la evolución, tanto natural como cultural, en cierto modo termina fundamentada en la libertad y la consciencia antes incluso que en el automatismo de las funciones procedimentales.

Si la libertad creativa (consciente) es el factor evolutivo que permite introducir información nueva al movimiento direccional de un organismo, una especie o una civilización, el sentido y el propósito de dicha libertad deberían aparecer como el factor de intencionalidad que continuamente permite reorientar dicho movimiento.

En este proceso, el hábito y la costumbre han de ser constantemente transgredidos mediante la elección activa de nuevas posibilidades más adecuadas para afrontar un determinado problema o presión ambiental y no mediante la pasividad que supone la consideración del azar. Como expresó Popper, «es totalmente falso que hayamos sido moldeados por nuestro medio ambiente. Somos nosotros quienes buscamos nuestro medio ambiente, quienes lo moldeamos de una manera activa» (Popper, 2000, p. 22).

Si para cada presión ambiental existe más de una posibilidad de adaptación como respuesta, la elección adecuada de una simple posibilidad y no de otra, en cierto modo ya sugiere una salida del automatismo procedimental característico de la costumbre y el hábito. Sobre esto mismo, Popper continúa con su explicación: «nuestra voluntad, pues, desempeña en toda esta historia un papel esencial. Tal vez ésta sea la única respuesta que puedo dar a la pregunta formulada sobre la creatividad» (Popper, 2000, p. 22).

Podría incluso decirse que *la libertad creativa es el factor evolutivo que permite el progreso y el desarrollo tanto de la naturaleza como de la cultura*. De hecho, los propios fundamentos mecanicistas de epistemologías tales como el positivismo no pudieron haber nacido del mecanicismo procedimental del hábito y la costumbre sino de una libertad creativa (y consciente) que hubo de permitir interpretar el mundo como si fuera una máquina inerte.

La repetición que le es atribuida al hábito y a la costumbre «no pinta nada a la hora de descubrir cosas, solo interviene a la hora de «olvidar». La repetición nos sirve para que automaticemos los procesos, de modo que dejen de suponer una carga para nosotros, para no tener que seguir malgastando nuestra atención.» (Popper, 2000, p. 31) (En esta cita la cursiva es propia). Existe entonces un punto de inflexión en el que la repetición «provoca que las cosas abandonen nuestro espíritu despierto para arrastrarlas al subconsciente» (Popper, 2000, p. 39).

## CONCLUSIÓN

Inminentemente, el ser humano deberá salvarse a sí mismo de no caer en su propio automatismo pues ello evitará que su existencia acabe reducida en una mera abstracción cuantitativa dirigida solo a eficientar su predicción y administración. En este sentido, el ser humano deberá apelar a algo más que a su mera clasificación como medio estadístico eficiente para producir y consumir. De igual manera, será crucial que el «algoritmo» del puro crecimiento económico vuelva a reformular su «procedimiento» antes de que se produzca una descompensación ecológica y social irreversible.

Aunque la falsa separación del ser humano respecto a su soporte planetario ha influido en el éxito civilizatorio desde el punto de vista de la sobre-acumulación, la consecuencia de este trágico supuesto todavía demanda que los seres humanos asuman cabalmente un papel de productores-consumidores.

Si consideramos que el «procedimiento» económico requiere de una estricta clasificación de categorías basadas en la productividad y el consumo con el objetivo de alcanzar resultados claros y concretos para el crecimiento, es decir, el del capital, la aplicación de procesos homogeneizadores habrá de preferirse en lugar de cualquier situación social y natural que implique diferencias pues, como ocurre con la eficiencia en la comercialización de algodón o la transportación de madera, la objetividad en la gestión administrativa de cada ser humano deberá, en la medida de lo posible, limitar su libertad.

En este contexto desafortunado, se hace obligatoria la necesidad de inducir un «escenario de automatización» en el que se pueda predecir, de manera eficiente, cada uno de los movimientos humanos. La inducción resultaría, de facto, fundamental puesto que representaría el medio «ideal» con el que se aprueba la posibilidad de «alcanzar» aquella extraña finalidad incapacitada para concretarse. De ahí que se recurra a todos los medios de optimización concernientes a perfeccionar la dinámica entre la producción y el consumo.

En este «escenario de automatización» de todos los componentes del proceso, tanto tecnológicos como humanos, se deberá instituir, como practica social, el conocido proceso algorítmico basado en aprender-practicar-repetir.

En una situación adversa como la aquí descrita, la multiplicidad de las diferencias humanas seguirán adecuándose cada vez más al catalogo de ofertas ofrecidas por el «algoritmo económico» en vigencia. Y bajo el ideal de la máxima optimización, los individuos deberán ajustarse, como en la *cama de Procasto*, al dictado de la rentabilidad, un «procedimiento» que terminará encargándose de la gestión de toda voluntad humana.

El fundamento de la máxima optimización mediante la correcta automatización será pues un «procedimiento» que habrá de aplicarse desde los servicios sociales básicos como la salud, la alimentación, la educación o la vivienda, hasta los espacios comunitarios de la ciudad, los cuales deberán adecuarse al fundamento de la «finalidad sin fin» que supone el beneficio económico.





Como bien pronunció el profesor Mumford (2000) hace ya más de medio siglo, si por el contrario se desea restablecer la libertad del ser humano devolviéndole su potencial creativo antes que se vuelva encubridor de la máquina de su creación, en un acto de consciencia el ser humano deberá reexaminar los aspectos que considere realmente fundamentales para su propia existencia.

Y si el ser humano consigue alcanzar la metacognición<sup>12</sup> que le permita sortear la pura sobreacumulación civilizatoria que implica el camino de su propio sometimiento y perdición, cualquier operación humana que pueda atentar o comprometer la adaptabilidad de la vida en la Tierra deberá someterse a exhaustiva crítica precisando su renovación. Sobre todo y siguiendo a Mumford (2000), será imprescindible readaptar las funciones puramente maquínicas a los valores existenciales del ser humano, antes de que sea demasiado tarde para liberarse del tentáculo de su autoridad.

Así pues, conscientes de las múltiples dimensiones que implica el estudio de los problemas civilizatorios, el presente trabajo debería servir como una mera introducción a futuros estudios de carácter transdisciplinario ya que la complejidad que supone realizar un acercamiento teórico a la cultura exige, necesariamente, superar los límites de las especialidades científicas. Con esta superación cabe esperar que a partir de una perspectiva sistémica amplia, las investigaciones sobre el sentido y significado de la existencia trasciendan los límites de los enfoques estrictamente filosóficos; esto debería aportar nuevas luces para esclarecer el rumbo de la civilización en términos de su adaptación y evolución.

---

<sup>12</sup> Según Pitrat «la metacognición (o cognición de la cognición) abarca los saberes y las actividades cognitivas que tienen como objeto a la cognición, y contribuyen a la regulación y al control de su funcionamiento» (Pitrat, 2003, p. 290).

## REFERENCIAS

- Abraham Aparicio (2009) Felicidad y aspiraciones crecientes de consumo en la sociedad posmoderna. *Revista Mexicana de Sociología*, Marzo, pp. 1-17.
- Jean Baudrillard (2014) *El sistema de los objetos*. México D.F.: Siglo 21.
- Walter Benjamin (1985) *El capitalismo como religión*, México D.F.: Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IdIHCS) UNLP-CONICET.
- Gerald, Edelman; Giulio, Tononi (2005) *El universo de la consciencia*, Madrid: Crítica, 2005.
- Thomas Khun (2004) *La estructura de las revoluciones científicas*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Washington Post (20-02-2022) Transcript: The Great Resignation with Molly M. Anderson, Anthony C. Klotz, PhD & Elaine Welteroth. *Washington Post*. 24 de sep. de 2021.
- John Stuart Mill (2011) *Ensayo sobre la libertad*, Barcelona: Brontes.
- John Mew (2020) *La causa y la cura de la maloclusión*, México D.F.: Independiente.
- Nahum Montagud (21 de Febrero de 2021) Determinismo genético: qué es y qué implica en la ciencia. *Psicología y Mente*, *Psicología y Mente*, <https://psicologiymente.com/cultura/determinismo-genetico>.
- Timothy Morton (2009) *Humanidad: Solidaridad con los no-humanos*, Buenos Aires: Adriana Hidalgo.
- Lewis Mumford (2000) *Art and Thecnics*, New York: Columbia University Press.
- Lewis Mumford (2010) *El mito de la maquina: técnica y evolución*, La Rioja: Pepitas de Calabaza.
- Thomas Nagel (2014) *La mente y el cosmos: porqué la concepción neo-darwinista materialista de la naturaleza es, casi con certeza, falsa*, Madrid: Siglo 21.
- Pitrat, Jaques (2003) *Diccionario de Ciencias Cognitivas: Neurociencia, Psicología, Inteligencia Artificial, Lingüística, Filosofía*, Buenos Aires: Amorrortu.
- Platón (2013) *La República*, México D.F.: Editmusa.
- Karl Popper; Konrad Lorenz (2000) *El porvenir esta abierta*, Barcelona: Tusquets.
- Bertrand Russell (1985) *Escritos básicos II*, Barcelona: Planeta.
- Brian Sykes (2001) *Seven Daughthers of Eve*, New York: Bantam Press.
- Henry David Thoreau (2005) *Walden o la vida en los bosques*, México D.F.: Tomo.
- Alfred North Whitehead (2021) *Proceso y realidad*, Girona: Atalanta.